

# Almas Gemelas

José Villalba

Soy un hombre muy presumido, pero esa particularidad solo me sirve de ayuda en lo concerniente a la relación de amistad que mantengo conmigo mismo. Contra lo que se nos supone a los tipos rollizos, hablo poco con la gente, y eso ocurre, no tanto por timidez como por una especie de rencor, firmemente vinculado a la sensación de no resultarle simpático a nadie, adherido a mí desde que era un niño. Siempre tuve que conquistar cada migaja de felicidad a duras penas y por procedimientos ajenos a la acción generosa de los demás. Esa sensación de hostilidad circundante ha ido tallando en mí un carácter reservado que no ha contribuido a mejorar mucho las cosas. De ahí quizá que todo en la vida, incluida mi actual posición económica, me lo haya tenido que ganar milímetro a milímetro y nadando contra corriente. Ahora que los años empiezan a acumularse sobre mi espalda y es tiempo ya de ir haciendo los primeros balances existenciales, no me cabe ninguna duda de que, en un recuento ideal, pesarían mucho más en mi paso por este mundo las congojas que las satisfacciones. Esa matemática adversa es la que he aprendido a combatir con unas dosis injustificadas de coquetería. Cuando no tengo nada mejor que hacer, me arreglo con pulcritud, humedezco mis cabellos con unas briznas de buen perfume y salgo, pulido y provocador, a pasear un rato. La ciudad está repleta de bellas mujeres que reclaman unos ojos misericordiosos dispuestos a saborear en silencio la voluptuosidad de cada uno de sus movimientos. Siempre hay un par de senos traviosos que saltan debajo de una camiseta a la vuelta de cualquier esquina, o una falda mínima que deja ver con largueza los muslos rotundos de su poseedora. Pero desvelaré un pequeño secreto: nada hay que me produzca mayor conmoción libidinal que una mujer en sazón aupada a un par de generosos tacones de esos que hacen cimbrarse los tobillos al andar

como si fueran bambúes. No obstante, en modo alguno tales pequeñas fantasías me convierten en un mujeriego. Pese a mi laborioso dandismo, las mujeres y yo siempre hemos circulado por autopistas distintas del interés amoroso, y si alguna vez una relación se ha materializado en firme, ha sido a ritmo de talonario y con gran bochorno e impericia por mi parte. Tal vez en compensación a esos sinsabores es por lo que cuido mi apariencia con tanto esmero.

Recuerdo bien que aquella mañana salí a la calle vestido con un traje blanco de lino, sombrero, corbata amarilla y zapatos a juego con la corbata. También recuerdo que acababa de incorporar a mi rostro una barba crecida de un par de días que pretendía modernizar en lo posible el aire algo caduco de mis facciones. Hacía un día espléndido y estaba decidido a disfrutar placenteramente del aire fresco que corre a menudo por las alamedas. Cuando alcancé la zona comercial deslicé algunas miradas de reojo hacia mi figura reflejada en los escaparates, rastreando en mi renovada estampa unos grumos de complacencia. Pero a pesar de tan arriesgada combinación indumentaria, de esas florecillas prendidas en el ojal con estudiada informalidad, de mis vistosos gemelos de rubí y a pesar también del elegante bastón con empuñadura de plata que ayudaba a completar el cuadro, la imagen que me devolvían los improvisados espejos era cualquier cosa excepto alentadora. El cristal de una tienda de electrodomésticos me mostró unos andares cansinos que movían a la compasión. La respuesta que me golpeó desde el parabrisas de una furgoneta fue la de este macizo rostro mío con la boca siempre abierta de bronquítico irremediable. El espejo con marco historiado ubicado junto a la entrada de una lujosa sastrería me condenó a contemplar de cuerpo entero el magno disparate que constituía vestir de blanco

inmaculado semejante mole humana. Y la luna de una sombrerería me permitió certificar que el conjunto de mi aspecto rebasaba el ámbito de lo estrafalario para internarse en los dominios de la ridiculez. En plena crisis de autoestima, me detuve ante el siguiente escaparate y estudié muy de cerca el mapa de la desesperación asomado a las líneas de mi rostro, que de repente advertí un poco más gordo y cansado. Vi la amargura asomarse a mis ojos pequeños y opacos, detecté los estragos de la desesperanza en la sequedad delgada de mis labios, intuí las preocupaciones transparentándose en las arrugas que surcan en profundidad mi frente y, por fin, como en una película muy triste, cruzaron atropelladamente mi entrecejo demasiadas secuencias ingratas de una biografía cuajada de tumbos y de soledad. Me quité el sombrero y se agigantó mi zozobra. De nada sirve engañarse: ya no soy un hombre joven. “¡Haces el ridículo tiñéndote el pelo!” me gritaron al unísono los cuatro cabellos cuidadosamente entrelazados que aún alborotan en lo alto de mi gran cabezota. Todos los rasgos de mi cara se pusieron acto seguido de acuerdo para proclamar los detalles de mi decrepitud: la boca lamentablemente descolgada hacia las comisuras, las mejillas flácidas y sin arrebol, la papada oscilante y pellejosa, el color verde de mi piel, las púas de la cabeza... Eh, un momento... ¿Piel verde? ¿Púas en la cabeza? Un ajuste en los resortes que gobiernan el mecanismo de la acomodación visual bastó para disolver el enigma. Me encontraba ante el escaparate de una tienda de animales y, sobre el reflejo de mi cara, superponiéndose a mis rasgos desde el otro lado del cristal, me miraba fijamente a los ojos una enorme iguana que parecía sinceramente interesada en compartir conmigo buena parte de mis desazones. Experimenté una sensación muy extraña mientras duró el intercambio de experiencias con ese animal de mirada profunda y vientre palpitante. Fue como si entre los dos se estableciera una recíproca corriente de ternura, un puente de entendimiento y, acaso, un vínculo de mutua compasión. Enseguida me consideré un viejo amigo de aquel reptil. Lo sentí solitario y taciturno como yo, enamorado de la existencia apacible, cautivo de un sinfín de

añejas nostalgias, inteligente y soñador, pacífico, reflexivo y, si me apuran, de tendencias políticas conservadoras, exactamente igual que yo... Pero si hasta compartíamos el mismo lastre estético de esa horrible piel arrugada y flácida por debajo de la barbilla... Me costó despegar la atención del magnetismo solidario de aquel bicho, y luego seguí mis pasos dando por establecido que algo mío se quedaba definitivamente prendido en aquellos inteligentes ojos antediluvianos. No sé si, al alejarme, hasta dejé escapar algún folletinesco suspiro que no bastó para disipar el vendaval de sensaciones que se había desencadenado dentro de mi pecho.

Entré en una cafetería y pedí un gin-tonic. Cuando el camarero se acercó para servirme, mis pensamientos, por su cuenta y riesgo, ya retrocedían una y otra vez en dirección a la tienda de animales. Nada podía hacer. Era como tener la cabeza llena de ingobernables microbios tratando de huir, unos por aquí, otros por allá, hacia un punto común situado a un par de manzanas de distancia. Y por un momento también tuve la sensación de que los cercos mojados que el vaso dejaba en la superficie del velador estaban dibujando, como una severa reprimenda, los arcos de colores de mi olímpica vida de soledades y frustración para recordarme que las grasas del conformismo se rebajan practicando el deporte de la rebeldía. Cuando agoté el último trago del combinado, ya había tomado una triunfal decisión contra los males de mi aislamiento. Y hasta puedo considerar que me empecé a convertir en otro hombre a partir del instante en que, a remolque de mis cavilaciones, salí del local y me encaminé hacia la tienda.

Aquella tarde, a cambio de una porción infinitesimal de mis ahorros, adquirí en ese ruidoso establecimiento cuajado de cacatúas un inaudito compañero de peripecias. Era una enorme iguana macho que pesaba como un dogo. Aunque el encargado de la tienda se ofreció a entregarme en casa “la mercancía” al día siguiente, insistí en ser yo mismo quien se ocupara del traslado sin más espera, y hasta me molestó la consideración de mercancía que tan indelicadamente se le aplicaba a mi recién establecido sosias espiritual. Cuando abandoné

el local con la iguana en brazos, yo ya había decidido que el animal se llamaría Simeón, como yo, y que compartiríamos en adelante muchas de nuestras respectivas alegrías y no pocas de nuestras calamidades. Llegué a casa sudoroso y exhausto, pero contento de haber hallado tan inesperadamente un alma gemela. Siguiendo las instrucciones recibidas, corté una manzana en pedazos y se la di a comer a Simeón, que por cierto manifestó un excelente apetito. También en eso nos parecemos. Y después aproveché que mi amigo pareció decidirse por completar su digestión dando una cabezadita en el sofá, para correr a una librería en busca de un buen tratado sobre animales domésticos que detallara las costumbres y cuidados de las iguanas, y luego adquirí en una tienda de artículos para bebés una enorme cesta de mimbre que se iba a convertir en la alcoba provisional de mi nuevo camarada, al menos hasta que consiguiera un terrario cálido y luminoso que resultara enteramente de su gusto.

A las pocas semanas ya se podía decir que Simeón y yo nos habíamos convertido en uña y carne. Le hice preparar una especie de arnés que se ajustaba perfectamente a la parte anterior de su cuerpo y que estaba provisto de una argolla que me permitía conducir a Simeón sujeto con una correa cuando salíamos. Yo paseaba por la calle con Simeón como otros pasean con su perro, y eso atraía sobre nosotros la mirada curiosa de muchos transeúntes. Generalmente, los itinerarios no eran demasiado largos y casi siempre desembocaban en un parque fresco y poco frecuentado que hay cerca de casa. Una reservada rotonda, equipada con bancos de madera y abierta en una encrucijada de senderos arbolados, era el habitual destino de aquellas incursiones. Nuestras costumbres no eran muy variadas: yo solía sentarme un rato a leer mientras Simeón hacía en la arena sus necesidades, o correteaba persiguiendo a las moscas para divertirse, o mordisqueaba las flores de hibisco que le recordaban su hábitat natal, o buscaba un charco de sol en el suelo para echarse a mis pies y dormitar un rato. Así de plácida era nuestra existencia, salpicada de momentos de profunda comprensión y agradable compañía hasta que una tarde de sábado ocurrió un hecho imprevisible. Ya le había prendido yo la correa a Simeón para

marcharnos cuando, por uno de los senderos confluyentes en la rotonda, como emergida del murmullo que arrancaba la brisa de las hojas de los plátanos, vi aproximarse a una chica poco estilizada que paseaba con una iguana similar a Simeón y, al igual que Simeón, sujeta con una correa como un perrito. Con alguna desconfianza, alcé a Simeón del suelo y, acaso intuyendo la inminencia de un peligro, lo apreté entre mis brazos para protegerlo. Después me senté en uno de los bancos y permití que Simeón, ajeno aún a todo cuanto estaba sucediendo, se hiciera un sitio más cómodo en mi regazo. La chica de la iguana continuó acercándose a nosotros hasta que por fin Simeón, apenas detectar a su semejante a unos pocos metros de distancia, se tensó como un podenco y clavó en la presa sus ojillos con una concentración francamente impertinente. Cuando la chica alcanzó la rotonda, se sentó en un banco al lado del que yo ocupaba y liberó rutinariamente a su iguana sin darle importancia a nuestra actitud algo extremada. «Buenas tardes», dijo sonriéndome con naturalidad: «¿Cómo se llama su iguana?». «Simeón», contesté con envarada seriedad. «La mía se llama Sara, como yo», añadió, y a continuación sacó un desmadejado libro del bolso y se puso a leer. La estuve observando. Era una chica rellenita y poco atractiva. También apuntaba ya un principio de papada de reptil. Sus ojos eran pequeños y escurridizos, pero, a pesar de todo, a mí me había parecido una mujer muy simpática. Noté que a veces me miraba de reojo y yo tampoco le quitaba a ella la vista de encima. Un par de veces se cruzaron abiertamente nuestras miradas durante las escaramuzas, y en las dos ocasiones nos sonreímos como quienes se piden amablemente disculpas por haber cometido una falta leve. Nada más sucedió aquella tarde, salvo que yo me marché con un adiós demasiado débil y ella respondió con una sonrisa sincera que convidaba a la euforia.

La escena se repitió casi sin variaciones durante los cuatro o cinco días siguientes. Y nada hubiera hecho tampoco presagiar grandes novedades aquella tibia, pero algo ventosa, tarde otoñal en el parque de no ser porque Sara se presentó con unos tacones altísimos de esos que quitan el hipo. Sus tobillos se inestabilizaban

al andar con un levísimo balanceo cuajado de cadencias lascivas. Y aunque los atractivos de Sara eran tan escasos como los míos, creo que esa circunstancia me hizo perder un poco la cabeza. Como todas las tardes desde que las dos saras hicieron su aparición en nuestras vidas, yo había tenido la precaución de mantener a Simeón a buen recaudo para evitar conflictos, pero él, cada vez con mayor vehemencia, insistía en convertir mi regazo en una atalaya desde la que escrutar concienzudamente los movimientos de Sara Verde, que así era como yo me refería a la otra iguana, en mis conversaciones con Simeón, para diferenciarla de su dueña. Aquella tarde, un impulso repentino, acaso un arrebato frucioso inspirado por mi terno de terciopelo burdeos, o tal vez un consejo libertino dictado por las flores de adelfa que susurraban frufrús vegetales junto a mi oído, me recomendó liberar a Simeón y dejarlo en el suelo. Simeón no le dio la espalda a la responsabilidad y se engalló como un torero. «¡Sara!», gritó la chica notando que su animal se había perdido de vista entre los arbustos, y enseguida reapareció ante nosotros

Sara Verde surgida de un espeso macizo de flores. El animal se quedó parado escrutando concienzudamente a Simeón, y Simeón respondió paralizando sus movimientos tan garbosos, como si hubiera decidido invertir todas sus energías en mantener con marmórea firmeza aquel electrizante intercambio de miradas. En cuanto las musculosas patas de Simeón dieron el primer paso en dirección a Sara Verde, la respuesta de ella resultó inequívoca. Puede decirse que, más allá de un fulminante despliegue de púas erguidas, no hubo cortejo previo. Los dos animales se lanzaron el uno contra el otro a la carrera y, después de unos roces agresivos y unos mordiscos de fuego que simulaban contienda, se entregaron ante nuestros ojos a un furioso coito que esparció en el ambiente un aroma escamoso a semen jurásico. Cuando los dos animales hubieron concluido su encuentro, la chica prendió sin aspavientos la correa del arnés de Sara Verde y se retiró muy coqueta dejando atrás en el aire la certeza de una perfecta sensación de plenitud. Yo me acomodé relajadamente en el asiento y encendí un cigarrillo.